

LA POBREZA Y EL MODELO DEL LIBRE MERCADO: LA EXPERIENCIA CHILENA*

*Alberto Etchegaray***

Pretendo plantear el tema del desafío social chileno dada la gran similitud que representa con todos los países del continente, y que se constituye en tema central de debate de los líderes latinoamericanos.

Si se quisieran definir o identificar los principales ejes que dan prestigio a un país que se pretende mostrar como moderno al fin de este siglo, dentro de una gran cantidad de opciones propongo resaltar cinco de ellas. Hoy en día se le exige a los países, democracia. Hace algunos años, había prestigiosos países para los que la democracia no era un requisito obligatorio. Pareciera que hoy día es muy difícil que un país pueda aparecer moderno y acreditado, si no ofrece seguridades de mejoría democrática.

Un segundo aspecto que se le exige a un país, es tener crecimiento económico. Que realmente sus finanzas públicas, el manejo de su macroeconomía, el tema de los supuestos fiscales, sean validados ante la comunidad internacional.

* El texto corresponde a la Conferencia dictada en la Pontificia Universidad Javeriana, con auspicio de la Embajada de Chile a propósito de la celebración en Santiago de Chile, la Sexta Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y Gobierno sobre Democracia, Gobierno y Participación.

** Ingeniero Civil, Profesor de la Pontificia Universidad Católica de Chile y de la Universidad de Chile. Ministro de Vivienda y Urbanismo, Director de la Fundación Trabajo para un Hermano y Presidente del Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza.

Un tercer elemento, es la definición de su sustentabilidad ecológica, tema que ha entrado con mucha fuerza. Se habla del desarrollo sustentable no sólo desde el punto de vista social sino también del ecológico porque está gravando el futuro.

Un cuarto elemento, es determinar cómo está el país desde el punto de vista de su corrupción interna. Si da o no garantías de que las reglas del juego están siendo respetadas. Normas mínimas de convivencia que hagan que los ciudadanos, las personas, y sus relaciones se puedan cumplir a cabalidad.

Finalmente, todavía con debilidad y tímidamente, como un subproducto quizá de los problemas, aparece también el tema de la equidad social.

Hoy día existe un esfuerzo grande en quienes nos están midiendo como países en competencia, de ponernos "nota" a cada uno de los países: Cómo están nuestra democracia, nuestra economía, nuestra equidad, nuestro comportamiento ecológico, y qué pasa con la corrupción.

Chile tiene buena nota en tres elementos: democracia, crecimiento económico y aparece como un país con bajos niveles de corrupción. No puntúa tanto en lo ecológico, pues tiene todavía muchos requisitos que cumplir en ese aspecto, y realmente sus indicadores sociales son bastante discretos.

Nosotros creemos que en Chile se presentan al menos siete inequidades muy fuertes que golpean este tema de la referencia que hace a un país elegible.

Primero, Chile tiene una alta proporción de su población considerada pobre. Un porcentaje importante, un 28.5% de las familias están bajo la línea de pobreza que equivale aproximadamente a cuatro millones (4'000.000), de los trece millones novecientos mil (13'900.000) de chilenos.

Un segundo aspecto de inequidad de la sociedad chilena, tiene que ver con la mala distribución del ingreso. Ostenta junto con Brasil, una de las peores distribuciones de ingreso del continente. Hace treinta años, la diferencia entre los que ganaban más y los que ganaban menos era de treinta veces, ahora es de sesenta veces. El 20% más pobre de la población tiene el 4.06% del producto; el 20% más alto de la población, hoy percibe el 56% del producto.

La *tercera inequidad* de la sociedad chilena es mucho peor que la anterior, porque a la mala distribución del ingreso se agrega la mala distribución del conocimiento. Es decir, la calidad de la educación que están recibiendo los sectores pobres los hace perfectamente inhábiles, y se va a agudizar su pobreza en el siglo XXI. En mi época, el 60% de mis compañeros, siendo una universidad confesional católica, provenía de liceos fiscales y era una garantía para la familia colocar a sus hijos en institutos nacionales y liceos. Hoy en día en esa misma universidad y esa misma escuela, el 85% de los alumnos provienen de colegios particulares pagados, porque actualmente la opción del estudio en la Universidad tiene que ver más con aquellos que pueden pagar la educación que con aquellos que están dentro del contexto general de educación pública.

Es un fenómeno del cual no nos alcanzamos a dar cuenta hasta que empezamos a medir la calidad de la educación.

El Gobierno del Presidente Frei logró una cobertura generalizada de la educación, llegando a 96-98% en educación básica y prebásica, pero sin una mejora concomitante en su calidad. En el Gobierno del General Pinochet, el proceso de municipalización, el manejo de las rentas y la inversión asignada a educación (que hoy es apenas un sexto de lo que la UNESCO ha definido como la inversión básica para los países con nuestro nivel de desarrollo), redujo la calidad de la educación a niveles nunca vistos. Existe una medición externa de calidad que coloca a Chile en el lugar 38 entre 44 países clasificados. No obstante, hay un problema en la composición de la prueba: de las pruebas que se aplican en los grados cuarto, sexto y octavo, para medir desarrollo de habilidades, en la educación privada el índice llega a 86%; en la particular (parcialmente subvencionada por el estado y con aporte de los padres), el índice baja a 71%; y en la educación municipal desciende a 55% en cuarto, y a menos del 40% en octavo. De lo anterior se colige que la calidad es altamente diferencial según tipo de educación y por ende, la distribución del conocimiento se constituye en la tercera grave inequidad dentro de la sociedad chilena.

La *cuarta inequidad* está constituida por el bajísimo número de profesionales en relación con la población total, realidad desconocida para muchos: el 2.4% de la población ha terminado estudios universitarios; la proporción equivalente para Argentina es de 10%; para los países europeos entre el 15 y el 18%, y 25% para los asiáticos. Existen países en América Latina con menor escolarización universitaria, pero no son países que hayan experimentado como Chile un incremento en su ingreso *per cápita* de US\$1.800 a US\$5.300 en la actualidad (cifra tres veces mayor a la de Colombia). Tal mejora en el ingreso chileno merecería un avance sustantivo en educación.

Quinta inequidad: La situación de la mujer. En Chile la situación de la mujer es peor que la de Colombia, Venezuela, Tanzania, China, Tailandia y la de muchos países con niveles de desarrollo presumiblemente inferiores al nuestro. Sin embargo, por el sólo hecho de ser mujer, se obtiene el 60% del ingreso de los hombres. En Atacama, tercera región de Chile, aumentó la pobreza entre el año 1992 y 1994 a pesar de haber aumentado la inversión pública y privada y haber disminuido el desempleo. La causa de este hecho fue la emigración de los hombres a regiones con proyectos mineros más rentables, siendo remplazados por mujeres. Hace tres años uno de cada cinco hogares pobres dependían de jefaturas femeninas, mientras que está proporción llega hoy a uno de cada cuatro.

Esto es una contradicción, porque la mujer está más preparada para la fase exportadora en que Chile está empeñado: después de salir con productos como materias primas se requiere dar un mayor valor agregado a las exportaciones, y para ello se necesitan las habilidades de la mano de obra femenina. Al desaprovechar la opción femenina se está desaprovechando también el potencial económico que representa la mujer para el desarrollo. Hay evidencia de que cuando la mujer ingresa al trabajo, se reduce la pobreza en su hogar, por cuanto la mujer aporta el 80% de su ingreso a la familia, mientras que el hombre aporta solamente el 55%. Tenemos 1.300 millones de dólares por concepto de exportaciones de fruta y toda la manipulación de la fruta está en manos de mujeres desde hace mucho tiempo, lo cual explica (según los exportadores), un 30% de sobrepeso. La forma como toma el racimo, lo separa, lo embala, le pone el celofán, y lo coloca dentro de la caja, justifica que afuera, en Nueva York, paguen un 30% más. Otro tanto ha sucedido en las plantas de salmón. Los salmones alimentados por mujer tienen un 30% de sobrepeso, y en el Sur, son ellas quienes tienen a su cargo la alimentación. Igual experiencia se ha tenido con la industria maderera, en donde la mujer está a cargo del ensamblaje de puertas, y existen plantas en donde todo el trabajo está en manos de mujeres. No obstante, el diferencial de salarios se mantiene alrededor de 60% para las trabajadoras femeninas.

Otra inequidad se relaciona con los servicios. En salud, el 75% de los médicos chilenos atiende hoy día al 25% de la población y los consultorios en barrios populares están siendo atendidos por médicos cubanos, peruanos, bolivianos. La calidad de la atención en salud es altamente diferencial. En relación con otros servicios, el 30% de los hogares pobres chilenos tienen teléfono, el 50% tiene refrigerador, el 65% tiene lavadora. En términos de acceso a la justicia, alrededor de cinco millones de chilenos carecen de la posibilidad de contratar un abogado.

Y la *séptima inequidad*, es la inequidad espacial, en términos de calidad de vida, de prestigio, de integración a la sociedad mayor. Las segregaciones barriales en Chile son una realidad cada vez mas difícil de superar. No hay ni incorporación ni integración desde el punto de vista espacial, lo que dificulta el diseño de programas habitacionales.

En síntesis podemos decir que la sociedad chilena tiene siete grandes inequidades que se dan al mismo tiempo y sobre las mismas personas. Son pobres, tienen mala distribución del ingreso, mala calidad de la educación, servicios deficientes, una alta proporción de mujeres, sin ninguna opción profesional, viviendo en barrios apartados, lo cual crea una sensación muy fuerte de desesperanza. Estamos acostumbrados al Chile de los tres tercios: el tercio de la derecha, el centro y la izquierda. Hoy día podría decir que tenemos, el tercio de las oportunidades; un tercio de sobrevivientes que tratan de mantenerse sin caer abajo, y otro tercio que está enfrentando los mayores problemas en la supervivencia.

El diagnóstico no es muy diferente al resto de América Latina. En los estudios realizados en 1990, de 18 países de América Latina sólo uno mejoró la distribución del ingreso, el resto la empeoró. En 1970, 40 de cada 100 personas eran pobres; veintiséis años después, una sola ha logrado salir de la pobreza. Por el contrario en el año 70, 10 de cada 100 personas en América Latina eran indigentes, ahora 13 de cada 100 lo son. Seis países de la región han logrado reducir su índice de pobreza: Argentina, Bolivia, Chile, México, Uruguay y Venezuela. Sin embargo, estos resultados que se deben principalmente al crecimiento del producto por habitante, han aprovechado una capacidad instalada ociosa y donde el desempleo era elevado, con lo cual existieron amplios crecimientos económicos con ritmos elevados de creación de desempleo.

Esta situación facilitó disminuir los niveles de pobreza entre el 4% y el 6%. Un logro muy difícil de igualar, si no se dan simultáneamente los fenómenos señalados. Con respecto al salario mínimo, Chile es el único país que ha logrado con un aumento del salario mínimo, hacer una fuerte y significativa disminución de pobreza a comienzo del Gobierno del Presidente Alwin. Y en todos los países, no solamente en Chile, la evolución de los salarios de los profesionales ha sido mucho más acelerada que la de los sectores asalariados con menos calificación. En Uruguay, 65% de mejoras corresponden a los profesionales, mientras que sólo un 1% a los asalariados. Venezuela 71% contra menos 8% de los asalariados.

Para el año 2000 esperamos tener 105 millones de jóvenes de 15 a 24 años en el continente. Si se mantienen las tendencias que tenemos en esta década, en el año 2000, de esos 105 millones de jóvenes, 45 millones serán pobres.

En relación con el empleo: el fenómeno del desempleo afecta principalmente a la población joven de 15 a 24 años, tramo en que se triplican las tasas. El desempleo general es del orden del 5.5%; en el caso de los jóvenes, del 16%.

En la región se ha observado que se requieren 10 años de educación, o haber completado la educación secundaria para lograr ingresos que se traduzcan en una alta probabilidad (80%) de salir de la pobreza. Sin embargo, los años promedio de educación siguen siendo menos de siete.

Sobre la Inversión Social: en la gran mayoría de los países la inversión social ha disminuido en términos absolutos y relativos. En cuanto al género, en sólo tres décadas, el número de mujeres económicamente activas, aumentó en un 212%, mientras que los hombres aumentaron sólo en 84%.

El 30% del ingreso de los hogares en que ambos miembros de la pareja tienen un trabajo remunerado, son aportados por las mujeres.

Es importante considerar el efecto que tiene la presencia de mujeres en el trabajo. Si las mujeres latinoamericanas dejaran de trabajar, tendríamos un aumento de la pobreza en 19 puntos porcentuales en cada país, como promedio. De la misma forma, más optimista y realista para la otra visión, si las mujeres que no trabajan se incorporaran a la fuerza laboral, la pobreza se reduciría de 2 a 8 puntos porcentuales dependiendo de cada país. Para el caso mexicano, este único efecto significa la salida de la pobreza de cerca de seis millones de personas.

En todos los países se observa que la pobreza es más frecuente en hogares encabezados por mujeres que por hombres. A pesar de que las desigualdades se han producido durante la década pasada, en las zonas urbanas de los países de América Latina las mujeres reciben en promedio salarios que son entre un 20% y un 40% más bajos que los hombres. El factor más influyente en la diferencia de ingreso, está dado por el nivel de instrucción; además, se ha observado que las mujeres siempre reciben salarios menores que los hombres en igualdad de calificación.

Sobre Colombia puede afirmarse que este país pertenece al grupo intermedio de aquellos que están con incidencia y brechas entre la pobreza. En primer lugar, Colombia junto con Panamá, Brasil y Paraguay, compone el grupo de países cuyo porcentaje de hogares en extrema pobreza se encuentra entre el 16 y el 20%, y cuyo porcentaje de población en pobreza, está entre el 18 y el 33%. Hay todo un indicador de lo que necesitaría Colombia para resolver en términos de inversión, déficit habitacional, agua potable, servicio eléctrico, cobertura de educación primaria y servicios de salud.

En un cuadro preparado para un estudio de la CEPAL (Cumbre de Desarrollo Social de Copenhague bajo la coordinación del Presidente Alwyn), se observa el costo de reducir los déficits como porcentaje del producto interno bruto de cada uno de los grupos de países. En el grupo 1 están Argentina, Chile, Costa Rica, Cuba, Uruguay, Panamá y Venezuela. Este grupo necesita como recursos anuales, un porcentaje del producto interno bruto de 0.94 y tiene un costo *per cápita* de 31 dólares por año, para reducir el déficit.

El grupo 2 lo componen Brasil, Colombia, Ecuador, México y Perú. Es el más populoso y representa la situación intermedia; necesita duplicar el del grupo anterior: 1.83, y un costo *per cápita* de 48 dólares por año por persona adicional.

Desde esta realidad, creo que es importante iniciar una reflexión sobre cómo enfrentar este problema, porque nosotros hemos reflexionado con creces sobre el tema de la democracia y sobre el tema de la economía y la macroeconomía. Eso le ha pasado a Chile en donde mal que bien venimos saliendo de una crisis muy profunda de toda nuestra democracia, que nos tuvo tensionados durante muchos años. Siempre que hablo acerca de mi generación a los jóvenes, les digo que cuando yo era joven, lo más importante era definirme lo más distinto posible del señor que tenía al frente. La cosa es que pagamos caro por diferenciarnos tanto. Pasamos 17 años, anhelando una situación distinta, fruto de esa falta de compromiso global y, de repente, es muy importante tener algunos acuerdos.

El máximo esfuerzo es ponerse de acuerdo. Cómo, de otra forma, se entiende el gobierno de Erwin con 17 partidos, en cuyo gabinete había Ministros de Salvador Allende, los mismos que habían estado brutalmente confrontados por el Partido que Alwyn presidía. Y ha habido una enorme reflexión sobre el tema de la gobernabilidad al que se han dedicado todos los jefes de estado iberoamericanos, incluyendo a Chile.

La misma reflexión cabe sobre los niveles de información: por lo menos en Chile, se exige a los ciudadanos que conozcan de este tema. Yo diría que hoy en día, cualquier chileno sabe perfectamente y entiende el tema de la inflación, del tema de los índices, del IPC y maneja tasas de desempleo. Se posee una cultura económica muy alta. En el tema social no existe la misma preparación ni la misma cultura.

Estamos en otro tipo de sociedad, con otro tipo de Estado, con otra realidad y con otro mundo. ¡El siglo XX se acabó ya! Fue un siglo demasiado corto. Algunos historiadores dicen que duró apenas 50 años, entre la crisis del 30 y la crisis del 80. El arrastre vino del IXX. En medio aparecen la primera y segunda guerra mundial, la polarización, las dos respuestas, los grandes problemas globales y las grandes respuestas globales. Esto se termina en la crisis de los ochenta, en 1982 cuando se produce una crisis financiera enorme, con problemas tremendos para este continente y para otros países del mundo.

La respuesta entonces es otra: es el comienzo del siglo XXI. De alguna manera el mercado irrumpiendo con toda su fuerza, con todo su prestigio y, no hay que desconocerlo, con todo su éxito. En Chile, el crecimiento logrado con esta economía de mercado ha logrado un crecimiento que es cinco veces el conseguido los treinta años anteriores cualquiera haya sido el proyecto político que se implementó (pues los hubo de todo tipo). Casi más de cinco veces y medio es el promedio en crecimiento. Y es un esquema que está siendo adoptado crecientemente por muchos. Pero este esquema, exitoso para asignar los recursos físicos monetarios, no lo es tanto para ver como se distribuye equitativamente entre las personas. Y a eso hay que darle respuesta.

Nosotros, después de mucho analizar, elaboramos un documento que se llama «La pobreza en Chile». Tiene seis capítulos. Hay dos capítulos que tratan de que entendamos qué fue lo que pasó y qué es lo que está pasando en el mundo, porque la historia de entender lo social y de aplicárselo a la sociedad no es nueva. Todos los países y todos los regímenes se han dedicado durante años a esto y la respuesta la dió el Estado, como gran articulador y animador de estos temas. Y por último están las convicciones y propuestas planteadas por nosotros:

La *primera*, es la cultura. Cuando se cree que hay que solucionar los problemas sociales de pobreza, se enfatiza mucho en el tema de la gestión, de la focalización, de los recursos y de los tributos. Pero aquí estamos tocando un gran tema cultural. No hay ninguna posibilidad de

tener éxito en el tema social si no hacemos una reflexión muy profunda de la cultura que tenemos.

Si la cultura privilegia sólo el aspecto individual con todas sus consecuencias de consumismo y de individualismo estamos, como dijo Michele Decantesuis recientemente en un foro internacional, "en escenarios muy parecidos a los del siglo XX y finales del siglo IXX, con un capitalismo salvaje y un Estado debilitado".

Si esto no es manejado con el mismo prestigio y con el mismo valor de las responsabilidades colectivas, no hay posibilidad de enfrentarlo, porque toda la lógica es contraria a ella. Es probable que haya pasado definitivamente el tiempo en que le entregábamos las responsabilidades nuestras a alguien que se hacía cargo de ellas y era el Estado el que resolvía las cosas. Todo lo hacíamos en cooperativas y probablemente ahí desperdiciamos parte de las energías y sinergias que tenían las personas en sus individualidades. Pero decir hoy día que todo se resuelve con base en las individualidades es también un error. Creo que el equilibrio está en propender una cierta cultura, donde la Iglesia Católica tiene mucha importancia y mucha responsabilidad, porque es algo que tiene mucho que ver con nuestra fe, en que teniendo rigor y esfuerzo en lo que significa nuestra responsabilidad individual que debe exacerbarse hasta lo máximo que podemos dar, crear e innovar, nunca será posible tener éxito si esto no está concertado con un proyecto colectivo, asociativo, con lógicas de cooperación.

Segundo: Hay que repensar el Estado. No es que pensemos que el Estado tiene que resolverlo todo; sabemos que será más chico, sabemos que tendrá un poder distinto (no digo que deba tener menos poder). El gran problema del neoliberalismo es que plantea como un dogma la disminución del poder del Estado. Para resolver temas de esta naturaleza, necesitamos un Estado fuerte. Puede ser muy pequeño, puede ser muy ágil, con muy buena gestión, pero fuerte, al que se respete.

En Chile, al Estado no se lo respeta. Se cree que ahí están los ambiciosos, los mediocres, los corruptos y los que no pueden desempeñarse en ámbitos en los cuales sí se juegan las cuestiones importantes. Los que no están allí, en la gran empresa, van entonces al Estado.

En Chile tenemos electricidad privada pues se acabó la electricidad pública y se privatizaron las empresas eléctricas. Apareció hace un tiempo un grupo de personas pidiendo que se devolviera al Estado la electricidad, porque era muy cara. El problema no es ese. El problema está en que cuando el Estado fija las tarifas, no lo hace pensando en los

pobres. En la fijación de tarifas del año 1992, el estado determinó que el 50% de estas tarifas fuera costo fijo y 50% costo variable. Se perjudicaron los pobres, porque el costo fijo lo pagan aunque no prendan un solo bombillo y eso significa hoy día en Chile 1.200 pesos chilenos por mes. Armamos un escándalo grandísimo, nos trataron de ignorantes, nos trataron de populistas, mandamos a hacer un estudio a ingenieros y nos dimos cuenta que la culpa no la tenían las empresas eléctricas, sino que la tenía el Estado.

Hoy día, con la nueva fijación de tarifas, en que rebaja el costo fijo a un 30%, va a bajar a cerca de setecientos pesos. Se va a hacer justicia, porque quienes consumen más van a pagar más y el costo fijo, incluso en términos de servicios, va a ser más equitativo. El Estado aplica esto día a día, y en la forma en que regula, focaliza y coordina. El Estado además tiene que entender que su nueva forma de tener prestigio en la sociedad civil es siendo el garante de la equidad.

Tercero, el crecimiento económico es fundamental. No se puede derrotar la pobreza si no hay crecimiento económico. Un país tiene que apostar, apostar en grande, a crecer, pero dentro de un contexto en el que la función del trabajo, su remuneración y las regulaciones, sean equilibradas y equitativas. En nuestro país no se dan así; la composición entre el trabajo y el capital en Chile es exactamente a la inversa que en Europa: en esta pesa tal vez demasiado el trabajo, pero en Chile es demasiado el peso del capital. De los cuatro millones de pobres que tenemos, dos millones son pobres porque ganan un salario bajo. El problema clásico de la pobreza: la falta de trabajo, se ha trasladado ahora a que el trabajo es muy mal pagado.

Cuarto: el aporte de las mujeres. Pensamos que el sujeto estratégico de la superación de la pobreza son las mujeres, no en el sentido de aumentar aún más su jornada, sino para reconocerles sus aportes, y facilitarles la incorporación al mundo del trabajo.

Quinto: La orientación de las políticas sociales. Reconociendo que el Estado tiene que ser fuerte, también tiene que estar dispuesto a entregar parte del poder a los pobres, porque el éxito en la derrota de la pobreza, pasa por el protagonismo de los pobres. Ellos tienen que liderar procesos y las políticas sociales deben orientarse a transformarlos en sujetos protagónicos. De otra parte, debe reconocerse la heterogeneidad de la pobreza, la complejidad de las sociedades. Los analistas afirman que los conflictos hoy día son locales, son diferenciados, la pobreza es muy diversa, y requiere soluciones y acciones distintas.

Un *sexto* elemento es el papel de la Sociedad Civil en la superación de la pobreza, por cuanto es un compromiso que no puede asumirlo un gobierno solo. Además, la preocupación se ha centrado en el avance de la tecnología, de la informática, de las destrezas de los profesionales, pero no en la formación social de ese profesional. El 50% de los alumnos que se inscribe para estudiar medicina, lo hace por razones sociales. Seis años después cuando eligen especialidad, ninguno apoya su decisión en consideraciones distintas a las económicas. La universidad lo cambió, lo formó para perseguir razones de prestigio y de negocio, pero no les dice cómo trabajar mejor para los pobres.

No obstante, no corresponde sólo a las universidades trabajar hacia el compromiso social y la solidaridad; la empresa, la Iglesia, las ONG, las fundaciones, también son sociedad civil.

El *séptimo* elemento son los recursos. No se requieren solamente recursos económicos. Necesitamos recursos humanos; la mejor gente, las mejores inteligencias y excelencias de un país tienen que estar vinculadas en el desafío del desarrollo. Nosotros hemos creado en Chile un programa que se llama "Servicio País", que plantea a los y las profesionales, entre 25 y 35 años, la posibilidad de ir a trabajar en las comunas más pobres del país. No como voluntariados, sino a servir por un año a la comunidad con su profesión. Los efectos son espectaculares en ellos y en la comunidad. El primer año, se inscribieron 700 para 140 plazas, el año pasado se inscribieron 5.000 para los mismos 140 cupos. Cinco mil profesionales chilenos dispuestos a hacer este programa. Yo creo que es una gran esperanza que el tema de los recursos humanos tenga viabilidad. Pero hay que preparar al sector público, que no entiende mucho que el tema de los recursos humanos es clave y básico.

Por último, el *octavo* tema: la necesidad de contar con mejor información sobre la pobreza. Los indicadores económicos, y las matrices económicas de los países son bastante conocidas. Por el contrario, los indicadores sociales son incompletos y desactualizados. Se requiere cruzar las variables de empleo, con calidad de la educación y situación de género. Estamos tratando de inventar un Indicador Social, con todo el riesgo que esto conlleva, porque recurrimos a la CEPAL y al BID, y nos sugirieron que lo diseñáramos por cuanto ellos no lo tenían. Por lo tanto, estamos inventando un Indicador Social que mida el poder de los pobres: su poder económico, su poder cultural, y su poder de redes. Debemos indagar por su situación psicológica, si existen o no existen redes, con quién se asocian.

En Chile por el método de línea de pobreza, hay un 28.5%, de pobres. Sin embargo, en una encuesta reciente, el 38% de la población dijo

sentirse pobre. Si bien la pobreza es relativa, es arbitraria la demarcación entre "pobre" y "no pobre". La conceptualización de la pobreza debe enriquecerse con planteamientos cualitativos, que incorporen lo cultural, la autoestima, la percepción como ganador o perdedor, de primera o de segunda clase, etc.

Finalmente quiero reconocer que nos enfrentamos con una grave dificultad, quienes trabajamos con el tema de lo social:

Primero, hay que reconocer que la pobreza constituye un problema ético, pero no reconocido por nadie.

Segundo, el tema se aborda más por la negatividad y pocos lo plantean como la ganancia cuantitativa y cualitativa de oportunidades. La distribución de la riqueza y la inversión social, son inversiones a largo plazo.

Tercero, existe el prejuicio de considerar a quienes investigan el tema social como personas que actúan no tanto por motivaciones científicas sino por deseos malsanos de mostrar aspectos negativos del país. Es mejor cuidar la imagen interna y externa, que evidenciar los problemas del país.

Cuarto, se considera que quienes se preocupan por lo social son un poco sensibleros, son gente emotiva, que llora con las telenovelas, y no pertenecen a los grupos normales de los habitantes del planeta.

Quinto, y tal vez el argumento más peligroso, es la descalificación profesional: se cree que los analistas sociales están en este campo por defecto, por que no pudieron surgir en otros campos. Con base en estas consideraciones, se selecciona muy bien al buen ministro político, pero no existe la misma selección para el ministro social.

Entonces, entre mediocres, sensibleros, resentidos, negativos, cargamos todos los estigmas. Se nos escucha con atención, con buena voluntad y la gente queda informada, pero no pasa nada.

Es cierto que eso es sumamente delicado, porque este continente y nuestros países tiene el peor *ranking*. En estos países y en este continente no están efectivamente los más pobres del planeta, lamentablemente están en África. Pero este es el continente con mayores diferencias, con la peor distribución de la riqueza en donde en lugar de disminuir el número de pobres, éstos aumentan cada vez más. Se requiere tomar

conciencia no sólo de la necesidad de cuidar el ecosistema, de conservar las aguas y los bosques. Si no protegemos nuestra gente, si no nos preocupamos de lograr la equidad interna, no nos lograremos liberar de los gravámenes que ya tiene el futuro de la región.

